



LA HISTÉRICA

Á MI AMIGO MANUEL RODRÍGUEZ MENDOZA



—Buenos días, dijo Luis, entrando en la pieza de consulta del Doctor Clement.

—¡Hombre! ¿V. por aquí? ¿Qué le trae? Supongo que V. no está enfermo ...

—¿Yo? no, dijo Luis; pero Clotilde ...

—¡Vaya con su Clotilde! dijo el Doctor: desde que V. salió de la Universidad, se ha echado V. esta querida y V. sigue con ella, como si les hubieran puesto las bendiciones.

—Y ¿qué quiere V. que haga?

—Pues, hombre. cualquiera cosa; casarse, por ejemplo, y no estarse matando con esa muchacha que es hermosa; pero que tiene mal carácter y que ya le ha dado á V. bastante que hacer.

—Ya me lo ha dicho V. en varias ocasiones; en la estrecha amistad que nos une, V. ha tenido la bondad de darme algu-

nos consejos, que yo le agradezco con toda el alma; pero no tengo la fuerza necesaria para seguirlos; no me hable V. de dejar á Clotilde, no puedo...

Por ahora es preciso curarla, está muy enferma y yo espero que V. irá á verla hoy mismo; le quedaré por ello muy agradecido.

—¿V. estará en su casa?

—Todo el día, respondió Luis:

—Entonces, hasta luego.

—Hasta luego, dijo Luis, estrechando la mano del Doctor Clement.

Después de su consulta, el Doctor fué á casa de la enferma, donde halló á Luis bastante preocupado con la enfermedad de su amada.

Era Clotilde una mujer de 25 años, de estatura mediana, pálida, delgada, de ojos negros y cabellos castaños; su frente era estrecha, su nariz recta y sus labios rojos circunscribían una boca pequeña y graciosa, con unos dientes, como perlas. Su expresión era dulce, aunque un poco tiesa y su seno, ancho y bien formado, reposaba sobre la doble escotadura de su corsé, siempre perfumado.

Esta mujer, que podría llamarse hermosa, tenía un defecto que sólo se notaba, mirándola de perfil; este defecto se traducía por un hundimiento de la parte posterior del cráneo; de modo que todas la facultades afectivas que los frenólogos colocan en la parte posterior de la cabeza, como el amor, la inclinación á adherirse á otra persona, el amor de la prole, el amor al hogar, etc., parecían *atrofiadas* en aquella cabeza singular.

Cuando se la miraba de perfil, la parte posterior de la cabeza aparecía cortada á pico desde la coronilla hasta el cuello; si llevaba moño y mantilla se veía hermosísima; pero de

trenzas, tenía un aspecto que no solo no agradaba, sino que causaba horror.

El Doctor Clement había asistido, en otras ocasiones, á Clotilde y sabía que era muy nerviosa y de mal carácter.

—¿Como está V.? dijo al entrar.

—¡Ah! Doctor, respondió Clotilde, estoy muy mal; V. no ha querido creerme; yo le he dicho muchas veces que mi debilidad iría muy lejos, que era preciso mandarme á Limache... V. no ha querido creerme...

—Pero, vamos, observó el Doctor ¿qué tiene V.? ¿qué siente V.?

—Siento, dijo Clotilde, una gran debilidad; no como, no duermo, tengo sudores por la noche, toso mucho y ayer he echado sangre por la boca.

—Eso de la sangre lo he visto yo, dijo Luis, que hasta entonces no había despegado sus labios.

—¿Tiene V. puesto su corsé? preguntó el Doctor.

—Sí, dijo Clotilde; pero puedo quitármelo, sí, me lo quito ahora mismo. Cierra la puerta, Luis, no me vaya á resfriar.

Clotilde entró en la pieza vecina y volvió sin corsé.

—Póngase V. de pie, dijo el Doctor y se puso á examinar á su enferma.

La *percutió*, *auscultó*, la hizo toser, la hizo sentarse, la puso en diferentes posiciones, en una palabra, le hizo un examen completo del pecho y la espalda, sin encontrar lesión apreciable.

—No encuentro nada, dijo el Doctor; los pulmones respiran perfectamente, el corazón funciona con regularidad.

—Pero eso no puede ser, Doctor, dijo Clotilde; ¿por qué, toso? ¿por qué echo sangre por la boca? ...

En este momento la enferma tuvo un acceso de tos y manifestó el deseo de escupir.

Luis se precipitó sobre la escupidera.

Clotilde escupió una sangre restilante, aereada.

El Doctor miró á la enferma y después de un instante, pregunto á Clotilde.

—¿V. ha tenido en su familia a!gún enfermo del pecho?

—Mi padre tosía mucho; pero murió de enfermedad del corazón, dijo Clotilde,

—Está bien, murmuró el Doctor, yo volveré. Por ahora coma V. bien y no tome ningún remedio

El Doctor se despidió, prometiendo volver; Luis lo acompañó hasta el carruaje, para preguntarle por el estado de Clotilde.

—¿Qué le parece á V., Doctor? dijo Luis, con aire entristecido.

—¿Qué puedo decirle á V.? Esta mujer es histérica y con estas mujeres uno está siempre en presencia de lo desconocido, dijo el Doctor; volveré y estudiaremos el caso.

Ya en otra ocasión la he visto con ataques histéricos de forma bastante rara; hay histéricas que echan sangre por la boca; pero estos casos son raros. Los pulmones y el corazón funcionan bien. Yo volveré.

—Confío en V., Doctor Clement, dijo Luis.

—Hasta luego, dijo el Doctor:

Cuando Luis volvió al lado de Clotilde, ésta estaba recostada en una poltrona.

Luis la besó, diciéndola:

—El Doctor espera que eso pasará pronto; pero es preciso estudiar el caso; como la medicina es tan oscura...

—Sí; pero si ya en otras ocasiones Limache me ha hecho bien ¿para qué me traes al Doctor? Mándame á Limache y volveré sana, con estar allá una ó dos semanas.

Luis guardó silencio:

El Doctor se había retirado de la casa de Clotilde un poco caviloso con la clase de tos que tenía la enferma y con la sangre que había arrojado en su presencia. Aquella no era la forma en que se presentaban los primeros accidentes de la tisis; había allí algo de anómalo, de raro. Es cierto que el hecho estaba allí, claro, evidente; pero era una histérica; era preciso dudar de todo.

Luis vió que la fisonomía de Clotilde tomaba un aspecto de profunda tristeza.

—¿Qué tienes? preguntó Luis:

—Me voy á morir, dijo Clotilde, y tú no quieres decírmelo; y las lágrimas se agolparon á sus ojos.

—Nó, hijita, no se trata de eso, muy pronto vas á restablecerte.

Y Luis se acercó á ella y la tomó las manos con cariño.

—Mira, le dijo, no te pongas nerviosa ¿quieres que te ayude á ponerte en cama? Estás pálida, tus manos están calientes...

—Quiero hablar contigo.

—Aquí me tienes.

—Sí; pero cierra la puerta, tengo miedo... de...

—Acuéstate, hijita; dijo Luis, después de cerrar la puerta, y rodeando con sus brazos el tronco escultural de Clotilde.

—Ayúdame, dijo ella, con voz muy baja.

Luis arrastró á Clotilde hasta el lecho.

Estaba hermosísima; el corsé, que había vuelto á ponerse, tenía flojos los cordones y dejaba exhalar el aroma caliente, con que ella tenía costumbre de perfumarlo. En uno de esos movimientos intencionales que las mujeres saben hacer oportunamente, los broches del corsé se desengancharon y el ancho y perfumado seno se mostró á Luis en toda su esplendorosa magnificencia.

Él la besó y ella entreabrió sus labios, como para dejar una respiración más honda.

—Quiéreme, dijo á Luis, teniéndole abrazado el cuello con las manos, y si he de morirte, que sea en tus brazos, no me abandones...

Luis estaba fascinado por los ojos de aquella mujer, que lo atraía, que lo arrastraba irresistiblemente, y no pudiendo luchar con ella, la besó en la boca con pasión y hundió su rostro pálido en aquel seno de inmortal belleza.

.....
—Vamos á Limache, decía á Luis, á quien tenía todavía entre los brazos y á quien embriagaba con el perfume tibio de su seno y con los tentadores movimientos de su voluptuosidad.

—Eso lo veremos, contestó Luis, veremos qué dice el Doctor Clement. Por otra parte, yo no puedo ir; sería preciso que fueras á casa de tu familia y...

Luis se desprendía de los brazos de Clotilde y ella le dejaba ir, quedándose medio desnuda sobre la colcha azul de su lecho perfumado.

De repente, Clotilde hizo un movimiento brusco y empezó á suspirar precipitadamente: su cuerpo se arqueaba hacia atrás, y hacía sobresalir su hermoso seno como una satánica tentación.

Luis se acercó.

Clotilde tenía los labios entreabiertos por una sonrisa y los ojos empapados en lágrimas.

Al día siguiente volvió el Doctor Clement y fué recibido por la sirvienta; la señora había salido.

—¿La señora no está en casa? preguntó el Doctor.

—Nó, señor, dijo la sirvienta.

—¿Cómo? después de haber estado ayer tan enferma...

—La señora es así; ella dice que está muy enferma; pero come y duerme muy bien y, cuando tiene que salir á paseo, se acaban las enfermedades.

—¡Hola! se dijo para sus adentros el Doctor, ¿con que la sirvienta tiene mucho pico? pues que hable; y luego observó:

—No dejan de tener importancia estos datos que me das; porque un médico, si ha de curar á su enfermo, necesita saberlo todo...

—Como al confesor, pues, señor, nada se le puede ocultar, decirle la verdad; yo creo que es aprensión lo que tiene la señora, y también mucho regalo; cuando el *patrón* se queda en la casa, lo incomoda toda la noche tosiendo y los dos pasan en vela. ¿Cómo no tose cuando está sola? ¿cómo duerme á hilo toda la noche cuando él no se queda?

La única cosa que me llama la atención en ella y que algunas veces me hace creer que debe estar enferma, es el *mal genio*. Hay veces en que está insufrible la pobre señora.

—Sí, dijo el Doctor, eso se observa en algunos enfermos, lo mismo que la mentira; hay enfermos que se ponen mentirosos.

—No me diga nada, señor; hasta ahora estoy arrepentida de lo que le dije á usted en la otra enfermedad que tuvo la señora.

—¿Qué dijo usted? preguntó el Doctor.

—Señor, se me cae la cara de vergüenza; pero como la señora manda y luego la sirvienta tiene que obedecer y callarse...

—Pero, ¿qué me dijo? insistió el Doctor Clement.

—¡Ah! señor, si la señora llegara á saberlo, me mataría.

—¿Pero también, si tú me ocultas las cosas, podrías tú ser la causa de la muerte de tu señora... .

—Eso mismo digo yo, pues, señor; si no le han de decir la

verdad al médico ¿para qué lo llaman? y después dicen que el doctor no tiene *buenos aciertos!*...

—Pero ¿qué me dijiste la vez pasada?

—Vea, pues, señor, yo le diré: pero que no vaya á saber nada la señora, porque sería capaz de mandarme á la cárcel. En vez pasada lo llamó á usted la señora y era para esta misma enfermedad, pero no echaba sangre; la señora ha tenido siempre muy buen apetito y un sueño inmejorable y ella me dijo que le comunicara á V. que ni comía ni dormía, y cuando yo le pregunté por qué le iba á decir eso, cuando no era cierto, me contestó que los médicos eran muy indolentes y que era preciso aumentar un poco los males para que tomaran más interés por el enfermo. Yo pues, señor, tenía que obedecer y se lo dije á V. con mucha vergüenza.

—No será mucho, dijo el Doctor, que en uno de estos días vuelva á pedirte que me digas lo mismo.

—Así es pues, señor. Si ella me lo pide, yo obedeceré; pero V. ya sabe que eso no es cierto y que la señora come y duerme de más. Ahora le ha entrado el delirio con Limache; yo no sé para qué quiere ir á Limache; aquí está muy bien; el *patrón* la quiere mucho y le da gusto en todo: y la quiere de veras; viera V. cómo se pone el *patrón* cuando ella se enferma; se pone triste como una noche y yo lo he visto llorar como un niño; ella lo tiene hechizado, lo dirige, lo manda y como es aguda, bonita y ladina... don Luis no sabe resistir y ella hace su voluntad. No será mucho que ahora la lleve á Limache, aunque la vez pasada tuvieron una desavenencia que yo creí que era la última, por el mismo viaje á Limache, que se hizo; pero que dió por resultado una de Dios es Cristo.

—Pobre don Luis! tiene mucho que sufrir; yo supe eso que me cuentas del viaje á Limache, del año pasado. Pero parece que Clotilde no vendrá tan pronto; yo volveré para

verla más detenidamente: es preciso curar á esta niña, aunque no sea más que para la tranquilidad de Luis.

—Buenos días, dijo el Doctor Clement, y salió de la casa, muy contento de su entrevista con la sirvienta.

Mientras el Doctor volvía á su casa, meditaba sobre la enfermedad de Clotilde y se convencía más y más de que se trataba de un histerismo confirmado: ya el mismo Doctor Clement, en otras ocasiones, había podido comprobar la existencia de perturbaciones de la sensibilidad que se traducían por disminución ó exageración en ciertos puntos de la piel.

En otras veces se habían presentado neuralgias que producían gritos repentinos; perturbaciones de las funciones sensoriales, sensibilidad exagerada de la columna vertebral, palpitaciones del corazón, etc.

La misma vida de Clotilde señalaba las causas de su afección histérica; en el principio había tenido mucho que sufrir y la muerte de su padre le había causado una pena profunda. Se sabe que estos grandes choques del sistema nervioso producen á menudo la histeria. Clotilde tenía casi todos los *estigmas* del histerismo. En cuanto á las perturbaciones del carácter, eso era bien conocido en ella.

El Doctor sabía muy bien que el histerismo puede producir desde la risa convulsiva hasta los sudores de sangre; pero no ignoraba que una histérica puede simular muchos síntomas y que los simula muy á menudo.

Delante de una histérica toda precaución es poca, y cuando el médico no es muy listo, puede ser fácilmente engañado. Era preciso examinar con mucho cuidado á Clotilde y tener mucha cautela, cuando hubiera de creérsela bajo su palabra de honor, tanto más, cuanto que ya había tratado de engañarlo en otra ocasión, como acababa de saberlo por las declaraciones de su propia sirvienta.

El Doctor Clement no hacía sino acentuar hoy su modo de pensar, pues ya en otras ocasiones había asistido á Clotilde en varias enfermedades y sabía que en todas ellas los síntomas se dibujaban sobre el fondo movable del histerismo. Este fondo, sobre el cual se destacan todas las dolencias de la mujer histérica, es la expresión de la naturaleza misma de la enferma, es una tendencia á la impresionabilidad exagerada en todo, lo mismo en la salud que en la enfermedad, en el arte como en la vida real.

Nuestra época, por consecuencia del refinamiento de las costumbres y el abandono irreflexivo de los sencillos hábitos de nuestros mayores, produce este tipo de la mujer delicada, nerviosa, impresionable; verdadera enferma, que toma *fierro*, que se precipita sobre todos los nuevos remedios, que anda siempre buscando un clima que le convenga, que no puede estarse tranquila en su casa, que persigue remedios imaginarios, que no puede criar á sus hijos, que es un condensador eléctrico siempre cargado.

Es evidente que en el número de las causas de esta *neurosis*, la educación tiene un papel de primera importancia; á lo menos de tanta importancia como el alcohol, el tabaco y otros venenos. Parece probable que el histerismo, observado hoy más frecuentemente en el hombre, tiene su origen en el *tabaquismo* y el *alcoholismo*, que constituyen las dos grandes pestes de nuestra época.

Sea de ello lo que se quiera, el Doctor volvió á casa de Clotilde, dos días después de la entrevista con la sirvienta, casual entrevista que le había proporcionado tan interesantes datos sobre la enferma.

Esta vez el Doctor Clement fué más feliz que en la visita anterior; esta vez Clotilde estaba en casa.

El Doctor bajó de su carruaje y entró en la casa de su enferma con la confianza de siempre.

—¿Se puede?... dijo, tocando la puerta de la habitación de la enferma.

—Adentro, Doctor, dijo Clotilde, que había sentido el ruido del carruaje.

—Buenos días; V. debe estar mejor; he estado aquí y V. había salido...

—Sí, dijo Clotilde, como V. me dice siempre que haga ejercicio y que me distraiga, salí un rato ese día; estaba mal, nerviosa, triste.....

—Y ahora ¿cómo se siente V.?

—Tal vez un poco mejor; pero la sangre, Doctor, la sangre. Yo no quiero morirme, yo tengo miedo...

—¡Bah! V. no se morirá por eso, todo eso se pasará en poco tiempo; pero es preciso que V. me ayude un poco; la voluntad del enfermo, en estos casos, es la mitad de la curación.

—Yo tengo voluntad, Doctor, pero veo que eso no basta y á Luis se le ha puesto en la cabeza que me he de quedar en Santiago: no quiere que vaya á Limache...

—Pero, Clotilde, V. sabe lo que pasó el año pasado. ¿Quiere V. volver á las andadas? Su marido tiene razón, yo en su lugar haría lo mismo.

—¿También tendría V. celos infundados? ¡Qué horror! Un hombre así está de antemano derrotado: ha perdido la confianza en sí mismo.

—Ó en ustedes, observó el Doctor.

—En todo caso, es cosa bastante singular que se sacrifique la vida de la mujer amada á las sugerencias del miedo ó de la locura.

—V. no puede decir eso de un hombre como Luis, que la quiere, que la complace en todo y que siente profundamente sus enfermedades:

—Más parece V. abogado de Luis que médico mío, dijo Clotilde con aire de reproche.

—No soy sino un juez accidental en esta cuestión y creo ser un juez íntegro; por lo demás, este es un asunto que interesa medianamente á V.; yo no creo mucho en Limache como temperamento para las enfermedades crónicas del pecho y luego yo no sé si V. tiene una afección de esa naturaleza. Yo quedé de volver justamente para hacerle un examen detenido, porque no tengo seguridad de que V. sea *tísica*.

El Doctor, lanzó la palabra *tísica*, para ver el efecto que producía en Clotilde.

La enferma permaneció perfectamente tranquila.

—En consecuencia, dijo el Doctor, si V. quisiera quitarse su corsé, podríamos proceder á un examen completo.

La enferma entró en la pieza vecina y salió al poco rato.

—Estoy lista, dijo Clotilde:

El Doctor empezó su examen con la mayor tranquilidad.

Después de haberla examinado durante mucho rato, de haber estudiado la respiración y sus caracteres, la resonancia de la voz, etc., etc., el Doctor dijo:

—Le puedo asegurar á V. que no tiene nada en el pecho.

Clotilde tosió y echó un pocó de sangre roja y aereada.

—Veamos, dijo el Doctor, acérquese á la ventana, quiero examinarle la garganta. Y el Doctor Clement examinó la cavidad bucal con el mayor detenimiento.

Sobre los lados de la mandíbula superior, el Doctor observó siete ú ocho puntos rojos que le llamaron mucho la atención; comprimiéndolos lateralmente daban sangre, casi no había duda: aquellos puntos rojos eran alfilerazos que la en-

ferma se había dado para simular la *hemoptisis* (sangre de los pulmones).

De modo, dijo para sí, el Doctor Clement, que en esta enferma la falta de apetito no es verdad; el insomnio es fingido; la tos es una superchería; y la sangre por la boca, es sangre de las encías, que esta mujer se saca á fuerza de alfilerazos!! ¡Y este pobre hombre que llora como un niño, porque Clotilde va á morirse tísica! Lo que yo he dicho, es una histérica, en la más amplia expresión de la palabra.

Después del examen, hecho concienzudamente y con mucho detenimiento, el doctor tomó su determinación en su doble carácter de caballero y de médico que conoce á fondo los deberes que le impone su profesión.

—Pues, señora, dijo el Doctor, V. no tiene nada en los pulmones, no tiene ninguna enfermedad del pecho; debe ser para V. una gran satisfacción esta noticia.

Pero debo advertirle por otra parte que, siendo amigo de Luis, tengo deberes hacia él.

—¿Qué quiere decir V., Doctor?

—Que tengo necesidad de hacerle saber mi opinión.

Como V. continuaría en el mismo estado, yo me vería obligado á probarle que mi opinión es la pura verdad, y en esta prueba, V. quedaría mal parada.

—No le entiendo á V., Doctor.

—Yo lo sé todo, Clotilde, y es preciso que V. me dé el permiso de hablarle con entera franqueza.

—¿Quiere V. estar solo conmigo?...

Á lo menos dijo el doctor, desearía que nadie más que V. oyera mis palabras ¿Quién cose en la máquina en el cuarto vecino?

—Es una sirvienta, dijo Clotilde, poniéndose de pie, voy á despedirla.

La máquina cesó de meter ruido y los dos interlocutores quedaron solos.

—Yo le he oído decir á V. en otra ocasión, dijo el Doctor Clement, que V. sería muy desdichada si fuera abandonada por Luis, que es un hombre rico, que la quiere y que la complace en todo.

—Eso es cierto, dijo Clotilde.

—Pues bien, continuó el Doctor, creo que V. hace muy bien en desear conservarle el mayor tiempo posible; pero es necesario que V. no lo atormente sin motivo; el pobre se pone fuera de sí por la menor indisposición que V. tiene y no es posible disgustarlo así.

V. no está enferma del pecho y yo espero que en ocho días V. comerá, dormirá, no echará sangre por la boca y no pretenderá ir á Limache.

—Me extraña mucho, Doctor, la manera cómo V. me trata; yo no entiendo lo que V. quiere decirme.

—Es mui sencillo, Clotilde; si V. sigue mis consejos y se pone buena en una semana, yo no tengo para qué decir nada á Luis y V. sigue viviendo, como si yo no hubiera venido; pero de otro modo, yo me vería obligado á decírselo todo á Luis.

—¿Qué es todo? dijo Clotilde.

—Habría sido mejor que V. hubiera querido entenderme desde el primer momento; pero V. lo ha querido. . . Todo, es que V. no tiene falta de apetito, ni insomnio, sino que V. come y duerme perfectamente; que V. no tiene tos, sino cuando quiere; que V. no echa sangre por la boca, sino cuando V. se pincha las encías con un alfiler y, en fin, que V. quiere ir á Limache, no porque esto le haga ningún bien á su salud, sino porque. . .

Clotilde se había ido levantando de su asiento con el sem-

blante rojo de cólera y sin dejar que el Doctor terminara la frase.

—Eso no es cierto, dijo; esas son invenciones de personas que me odian.

—No me quiere V. comprender, señora; yo no vengo á acusarla, vengo á defenderla; porque tengo un vivo interés por la felicidad de Luis y por la propia ventura de V. Yo sé lo que estoy diciendo, como lo sabe V. misma ¿á qué estar-nos ocultando lo que los dos sabemos?

El medio que yo me propongo es el más propio para terminar esta situación, penosa para Luis y difícil para V. Así queda todo arreglado y V. no tiene el peligro de perder el afecto de un hombre, que tiene por V. muchísimo cariño.

Clotilde comprendió que su situación era difícil delante de aquel hombre, que parecía bien informado de los más íntimos detalles de su fingida enfermedad. Pero lo que más le extrañaba era que el doctor estuviera tan al cabo de sus asuntos de Limache y tentó sondear al doctor, que guardaba silencio.

—Nó, Doctor, dijo Clotilde, esos son chismes de gente que me odia; porque yo no tengo amparo y tratan de ponerme mal con Luis.

—Clotilde, dijo el Doctor, con la más perfecta serenidad; V. no tiene razón, V. no quiere comprender que yo vengo aquí animado del mejor espíritu, que tengo por ustedes verdadero afecto y que si hay alguna persona capaz de sacrificarse por ustedes, esa persona soy yo.

Clotilde se echó á llorar á mares y el Doctor temió que tuviera un ataque; y se acercó á ella y le dijo:

—Clotilde, cálmese V., no tenga cuidado y siga mis consejos; Luis no sabrá nada.

—¿Y V. cree que no me abandonará? . . .

—¿Por qué? Si V. es prudente y sabe manejarse, para no molestarlo ¿por qué quiere V. que la deje?

Clotilde se echó en brazos del Doctor, sollozando.

—Cálmese V., decía el Doctor, en un momento más estará Luis aquí y va á encontrarla llorando ¿qué quiere V. que diga?...

—¿También va á tener celos de V.? dijo Clotilde.

—Nó, replicó el Doctor; yo soy incapaz de hacer traición á un amigo.

Clotilde empezaba á reír cuando todavía tenía las lágrimas en los ojos; esto podía ser una forma en que ella prestaba su asentimiento al convenio presentado por el Doctor Clement; pero esta risa, cuando no se habían secado las lágrimas, como sucede en los niños, podía también ser un síntoma de excitación nerviosa.

El Doctor la separó un poco de su lado y á pesar de esto, ella tenía tendencia á quedarse cerca del Doctor. Un instante después empezó á llorar; luego se presentaron movimientos convulsivos y fué necesario sostenerla: el ataque llegaba sin la menor duda; el Doctor tocó la campanilla, vino la criada y el ataque se presentó con todos sus caracteres.

En este momento paró un coche á la puerta; era Luis que llegaba.

—¿Qué dice V., Doctor? dijo Luis, muy conmovido.

—Lo que le dije á V. antes: todos esos síntomas que parecían graves van á disiparse: es una histérica.

—¿Y este ataque, Doctor?

—Lo de siempre, pasajero; ya sabe V. el remedio: aplicar en la cara y la nuca, con un sifón...

—¿Qué cosa, Doctor?

—Un chorro de agua de Seltz.